

UC Merced

TRANSMODERNITY: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World

Title

Fonseca, Alberto, Cuando llovió dinero en Macondo. Literatura y narcotráfico en Colombia y México. Buenos Aires; Culiacán: Editorial de la Universidad Nacional del Sur; Universidad Autónoma de Sinaloa, 2016. 198 pp.

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/2sn087qt>

Journal

TRANSMODERNITY: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World, 9(1)

ISSN

2154-1353

Author

Zavala, Oswaldo

Publication Date

2019

DOI

10.5070/T491044225

Copyright Information

Copyright 2019 by the author(s). This work is made available under the terms of a Creative Commons Attribution License, available at <https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>

Peer reviewed

Fonseca, Alberto, *Cuando llovió dinero en Macondo. Literatura y narcotráfico en Colombia y México*. Buenos Aires; Culiacán: Editorial de la Universidad Nacional del Sur; Universidad Autónoma de Sinaloa, 2016. 198 pp.

OSWALDO ZAVALA
COLLEGE OF STATEN ISLAND & THE GRADUATE CENTER, CUNY

La expansiva proliferación de literatura en torno al narcotráfico, particularmente en México y Colombia, ha suscitado numerosos estudios académicos que intentan, desde las más diversas agendas, comprender un fenómeno que, por lo menos desde la perspectiva oficial, ha definido las más perniciosas lógicas de criminalidad y violencia en el continente latinoamericano. *Cuando llovió dinero en Macondo*, de Alberto Fonseca, contribuye como un esfuerzo serio, aunque no exento de ciertas problemáticas de interpretación, a definir tendencias, temáticas, y estrategias de representación de ese desbordado y disperso corpus de “narconarrativas” colombianas y mexicanas.

El libro ofrece una visión panorámica de literatura escrita entre 1990 y 2005, es decir, durante la consolidación histórica del neoliberalismo como estructura de gobierno en el continente. Fonseca hace un ejercicio de lectura taxonómico que organiza un amplio corpus de novelas de muy distintos géneros y registros narrativos. El mayor acierto de este libro es sin duda la extensión de sus objetos de estudio y la capacidad de localizar obras valiosas entre autores comerciales y otros menos conocidos, subrayando entre ellos sus abordajes críticos del tráfico de drogas como una problemática social con dimensiones locales, nacionales y globales.

Menos como un esfuerzo por definir el concepto de “narconarrativas”, Fonseca refiere el corpus de textos elegidos en función de la manera en que “hacen manifiestas las divergencias y fracturas del neoliberalismo, la globalización y las políticas de represión en la lucha contra las drogas” (9). Según Fonseca, las narconarrativas “dialogan” tanto con los discursos oficiales que enmarcan las políticas prohibicionistas como con las lógicas de consumo del capitalismo tardío. En cada uno de los textos analizados, Fonseca encuentra aproximaciones críticas de una realidad exterior que se confronta con la imaginación ética y estética de los autores en cuestión.

Si bien no propone una definición concreta de las narconarrativas más allá de sus funciones de representación crítica del fenómeno del tráfico de drogas, Fonseca subraya que la producción literaria es heterogénea y que se ha expresado en géneros como el epistolar, testimonial y la novela de tesis. Así, mientras que ciertas novelas se estructuran desde una tensión entre “la oralidad y la escritura”

(13), otras se relacionan con campos específicos de conocimiento como la sociología y el periodismo. En general, explica Fonseca, las narconarrativas ponen de manifiesto “nuevos géneros e identidades y la inclusión de lenguajes marginales y mundos ilegales en los textos” (14).

A partir de una productiva discusión con el trabajo seminal de críticos como Diana Palaversich y Juan Carlos Ramírez-Pimienta en México, así como Héctor Abad Faciolince y Maite Villoria en Colombia, Fonseca propone organizar el corpus de narconarrativas alrededor de lo que él denomina como “cuatro aspectos temáticos”. El primero, explica, produce un efecto de “desmitificación” de la figura del narcotraficante (37), con lo cual observamos personajes que lejos de significar una triunfante brutalidad masculina cliché, aparecen más bien cuestionados en una sexualidad vulnerable, como en *Trabajos del reino* (2003) de Yuri Herrera, o derrotados por la represión estatal como en *Happy birthday, Capo* (2008) de José Libardo Porras, donde acompañamos la caída del traficante colombiano Pablo Escobar en el último día de su vida.

El segundo tema que según Fonseca domina en las narconarrativas es la representación del trasiego de drogas en su multiplicidad operativa, desde la precariedad de los traficantes emergentes que mueven droga en minúsculas y ridículas cantidades, hasta aquellos que han construido verdaderos emporios transnacionales. Fonseca localiza el cuarto tema recurrente en las narconarrativas en la representación de ciertos episodios históricos que han marcado el imaginario colectivo sobre el narcotráfico, como el sonado asesinato del ministro de justicia colombiano Rodrigo Lara Bonilla en 1984, hasta el secuestro en México y posterior homicidio del agente de la DEA estadounidense Enrique “Kiki” Camarena en 1985. Según Fonseca, las novelas acometen aquí un esfuerzo de “revisión histórica” que permitió crear una “conciencia nacional acerca del narcotráfico” (38) en ambos países. Todavía más importante en el esquema de estudio de Fonseca es el cuarto aspecto temático que en realidad guía explícitamente mucho de su análisis: el “dinero fácil” (39) que se atribuye al narcotráfico como redituable negocio clandestino. Este tema, según Fonseca, aparece en el centro del “desmoronamiento de una sociedad vendida al dinero fácil” (25) al grado de que en Colombia ha “transformado las relaciones sociales” con “nuevas maneras de ver el futuro y dialogar con los valores tradicionales” (26).

En más de un modo, el tema del “dinero fácil” atraviesa el orden de los cuatro capítulos del libro y moviliza esencialmente la trama de cada una de las novelas estudiadas. Fonseca subdivide este tema en tres aspectos: primero, como el motor de una pulsión consumista entre los jóvenes sicarios; segundo, como una forma de fascinación y ostentación de los traficantes; y tercero, como el motor de cambio entre los estratos sociales que son modificados por una insurgente clase de *nouveaux riches* que

invade la hegemonía de las familias patricias en ambos países. Alrededor de estas temáticas, los cuatro capítulos ofrecen cuidadosas e inteligentes lecturas de las novelas seleccionadas. En el primer capítulo, Fonseca estudia la función de los personajes letrados que con frecuencia observan el mundo del narcotráfico desde una posición excepcional intelectualmente privilegiada. Aquí se estudian *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo y *Cartas cruzadas* (1995) de Darío Jaramillo Agudelo. Con el personaje del “neoletrado” que protagoniza la novela de Vallejo y el *flâneur* en la de Jaramillo, Fonseca señala acertadamente “un periodo en el que se han derrumbado todas las ideologías y en el que la *intelligentsia* ha perdido su función en un mundo neoliberal y con una economía criminal global” (76). En el segundo capítulo, Fonseca examina el habla de los personajes traficantes en Colombia a partir de la novela *Hijos de la nieve* (2000) de José Libardo Porras. Estos personajes integran así “discursos que proporcionan significados, valores y subjetividades acerca del narcotráfico” (79). Con este estudio sobre el lenguaje y la identidad precarizada del traficante colombiano, Fonseca argumenta que el lector se enfrenta “a la escala de valores que genera el narcotráfico y con la necesidad de reflexionar sobre los procesos sociales que ha experimentado Colombia en los últimos treinta años” (111). Para entrar de lleno en el campo literario mexicano, Fonseca dedica el tercer capítulo a la novela *Juan Justino Judicial* (1996) de Gerardo Cornejo y el relato “La parte de Chuy Salcido” de Élmer Mendoza. En ambos textos, se localiza “la relación de poder que se articula por medio de la propiedad lingüística en la tensión entre la oralidad y la escritura” (113). Explorando los usos del habla popular que emplean ambos escritores mexicanos, para Fonseca estos relatos permiten al lector “ver al narcotráfico ‘desde adentro’ como un fenómeno del que también es partícipe, o ‘desde afuera’, como el relato picaresco de un joven delincuente” (145).

Resulta sorprendente que solo sea el último capítulo del libro el que explore la compleja relación binacional que define el fenómeno del narcotráfico desde el prohibicionismo estadounidense y sus implicaciones económicas y políticas. Por medio de un *close reading* de la novela *The gringo connection* (2000) de Armando Ayala, Fonseca indaga las formas de representación “que evalúan la política de represión y cuestionan la legitimidad de Estados Unidos contra los países productores” (151). Es hasta este punto que se plantea cómo ha sido precisamente Estados Unidos “el principal promotor de una guerra contra las drogas que tiene a México y Colombia en el centro del debate” (153). A través de las funciones arquetípicas de los personajes, Fonseca discute los temas clave de la supuesta “guerra contra las drogas”, desde la represión policial hasta la legalización del consumo de narcóticos. De ese modo, según Fonseca, las narconarrativas pueden generar una “posición ambivalente” que estimula una

discusión ética entre los lectores que permita cuestionar la legalidad y validez de las actuales estrategias de combate al narcotráfico.

Entre sus varios aciertos, sin embargo, encuentro en el libro de Fonseca un problema recurrente entre la crítica académica que aborda el fenómeno del narcotráfico. Es el escollo esencial que surge cuando se da por entendido qué es verdaderamente el tráfico de drogas, cuál es su nivel de agencia sociopolítica y hasta dónde llegan sus efectos reales más allá de lo que afirman las instituciones oficiales en México, Colombia y, desde luego, Estados Unidos. Fonseca mismo bordea peregrinamente este problema al citar la antología *Viento rojo: diez historias del narco en México* (2004). Allí subraya la contribución de Carlos Monsiváis, quien nota cómo el narcotráfico se ha construido en el imaginario colectivo como una “nueva percepción” (32) del fenómeno de la violencia y el dinero fácil. Pero la limitada atención que Fonseca dedica a este ensayo pasa por alto que Monsiváis va todavía más lejos para advertir cómo aquello que atribuimos al “narco” tiene su origen no en la actividad ilegal de comerciar con droga (es decir, no en la generación del “dinero fácil”), sino en la lógica punitiva del neoliberalismo y el prohibicionismo estadounidense.

Este es el punto ciego de la gran mayoría de los trabajos académicos sobre la literatura y la cultura del “narco”, pues navegan superficialmente sobre expresiones de un fenómeno que en realidad no ha sido significado por los traficantes ni su economía clandestina, sino por el discurso oficial que primero concibe la prohibición de la droga pero también al protagonista de ese delito inventado, el “narcotraficante”. Sin la comprensión histórica de cómo el poder oficial construye simbólicamente el espacio de criminalidad del tráfico de drogas, los estudios académicos atienden no la *causa* sino el *efecto* de ese discurso. Es así que han aparecido trabajos que relacionan las representaciones literarias directamente con el tráfico de drogas, como si desde la escritura literaria fuera posible aprehender una realidad exterior sin mayores complicaciones de inscripción simbólica y sin la mediación de discursos hegemónicos que enmarcan eso que varios críticos denominan “narconarrativas”. Entre otros, los estudios de académicos como Hermann Herlinghaus, Gabriela Polit, Diana Palaversich o Rebecca Biron asumen que al abordar el disperso corpus de “narconarrativas” es posible al mismo tiempo comprender lo *real* del narcotráfico entre Colombia, México y Estados Unidos.

El trabajo de Fonseca, aunque lúcido y abarcador, no consigue sortear esa misma problemática. En el último capítulo su lectura de la novela que se acerca a las implicaciones geopolíticas del fenómeno, el lector se queda al final con la única opción ética de aceptar o condenar la violenta estrategia prohibicionista que tanto en Colombia como en México ha costado la vida a cientos de miles de personas. En ningún momento, sin embargo, Fonseca se propone cuestionar la construcción misma

del imaginario que criminaliza al narcotraficante y que en más de un modo justifica la escalada militar que ha generado la condición de posibilidad de la violencia en ambos países. Es por ello que el libro se ocupa de variaciones temáticas de las narconarrativas y el “dinero fácil” que según Fonseca construye los supuestos imperios criminales y causa la violencia de las “guerras de cárteles”. Y es aquí en donde se encuentra la mayor limitación de su trabajo, pues se reduce a pensar la literatura del “narco” como la expresión casi pintoresca de sujetos precarizados que al acceder al “dinero fácil” necesariamente se tornan, excéntricos, irracionales y violentos y trastocan por si solos su entorno social inmediato. En suma, el mayor punto ciego de Fonseca es que no considera nunca la posibilidad de que el relato del “dinero fácil” sea también producto del mismo discurso oficial. Con todo, el lector de *Cuando llovió dinero en Macondo* tendrá a la mano un panorama útil de la literatura reciente sobre el narcotráfico que le permitirá establecer un mapa representativo de un fenómeno que está todavía lejos de agotarse. Y de comprenderse.